

## El gato.

La clase está en silencio, nadie habla y solo se escucha el deslizar del grafito sobre el papel. Parece mentira que en segundo de carrera nos manden hacer estas cosas, vale que es magisterio y vale que es plástica, pero una clase entera para dibujar un gato me parece absurdo. Sin embargo, mis compañeros parecen encantados. En las primeras filas la mayoría están inclinados sobre la mesa, concentrados, dando lo mejor de sí para dibujar un mísero gato. Una compañera hasta se muerde la lengua con los labios, no la conozco de nada, sólo sé que es rubia y que aprobó matemáticas a la primera, los hay afortunados. Al final de la clase la gente se lo toma menos en serio, por supuesto que hay gente dibujando, pero bastantes están con el móvil. A veces pienso que debería sentarme por allí, las clases serían más divertidas, aunque no he venido aquí a divertirme.

Miro mi hoja en blanco y suspiro, no tengo ni idea de por dónde empezar. Agarro el lapicero y coloreo una esquinita del papel en busca de inspiración, parece funcionar. Coloco la punta en medio del papel y decido comenzar por las orejas, deben ser lo más fácil, son dos triángulos, uno y dos, ya está, ahora la cabeza, después el cuerpo, las patas y para acabar el rabo, ya está. Parece mentira que me haya costado tanto comenzar, el lápiz parecía moverse sólo y me ha salido un buen gato, estoy contenta con el resultado. Aunque aún no le he dibujado la cara, empiezo por los ojos, los ojos de los gatos son más profundos que los de los humanos, por lo que tengo que dibujarlos con cuidado. Hago uno más pequeño que el otro para jugar con las perspectivas y paso a la nariz. Entonces el gato parpadea. Paro en seco. Debo estar flipando, no puede ser que un dibujo se halla movido solo y menos uno sin terminar, simplemente no puede ser. Aun así, acerco la cara al folio para observar mejor el dibujito y entonces este me devuelve la mirada. Mas que eso, mueve la pata y se la pasa por donde debería estar la boca. Estoy paralizada, noto que mis ojos están como platos y la garganta se me ha secado de repente. Desde luego esto parece no importarle al gato porque sigue insistiéndome con la pata. Sin saber muy bien lo que hago vuelvo acercar el lápiz al rostro del felino, que se sienta, pliega las orejas y ofrece el morro para facilitarme la labor. Así que le dibujo la nariz y la boca. Cuando acabo miro hacia arriba, el profesor ahora está mirando algo muy concentrado en el ordenador y la chica rubia está coloreando su dibujo con Alpinos de madera, una opción inteligente, sí señor. Al volver la vista a la hoja mi obra de arte me espera sentado con la boca abierta de par en par, mostrándome sus desdentadas

enciás, no puedo evitar reírme un poco, así que le dibujo una dentadura correspondiente a la de un gran felino, con largos y puntiagudos incisivos. Al acabar parece encantado y se pasea por el papel con el rabo en alto y chocando la cabeza contra los bordes. Decido que se llamará Misifú y que tendrá rallas, a él parece encantarle la idea ya que se restriega en la punta del lápiz cuando lo vuelvo a apoyar sobre el papel. Cuando acaba marco los límites de tres rayas horizontales sobre su lomo, similares a las de un tigre.

-Que bien te está quedando. - Me dice mi compañera de asiento de pronto. No puedo evitar dar un respingo y responderle con un débil – Gracias. Me dedica una mirada de extrañeza un segundo antes de volver a lo suyo, ha debido de pensar que estoy loca. Quiero decirle algo sobre su dibujo pero me doy cuenta de que su hoja sigue en blanco y lleva desde que empezamos la clase en Facebook.

Cuando vuelvo sobre mi tarea Misifú, que me esperaba sentado pacientemente, comienza otra vez a andar por el papel, solo que esta vez lanza insonoros maullidos. Observo que las rayas que había dibujado sobre su lomo se colorean solas y empiezan a surgirle rayas nuevas, en uno de sus paseos me enseña ufano sus cuartos traseros, donde puedo ver un par de testículos que antes no estaban ahí, también está creciendo. Misifú está creciendo cada vez más y más. Ya no es un gato, ahora es una pantera, ya no maulla, ahora ruje, ahora no tiene patitas, ahora tiene zarpas, zarpas armadas con unas uñas enormes que surcan el papel. Ya es tan grande que casi no cabe en el papel. Me mira y puedo ver una mirada asesina, la mirada de un depredador que ha encontrado a su presa, se prepara y salta contra mí, aunque no puede salir del papel. Sin embargo, logra sobresalir un poco. Estoy atónita, no sé que hacer, mi propio dibujo me quiere matar. Lo vuelve a intentar y esta vez veo como una de sus uñas logra atravesar el papel para volver a entrar, era una uña enorme, curva, afilada como un cuchillo. Por fin reacciono y grito, grito a la vez que le clavo el lapicero, acertándole en el ojo. Veo como Misifú lanza un aullido de dolor y se retira al centro de la hoja, donde cae muerto y un hilo de sangre brota de su cuenca. Entonces algo me toca el hombro. Con otro grito y lapicero en ristre me giro dispuesta a enfrentarme a quien sea, aunque solo me encuentro a mi profesor con los ojos desorbitados y las manos en alto.

-Mónica... ¿Estás bien? – Me pregunta asustado. Me doy cuenta de que estoy jadeando, toda la clase me está mirando. Miro mi papel y en el sólo hay un agujero y un pequeño garabato al lado.

